

**SOCIALISMO Y  
SINDICALISMO  
EN LATINOAMERICA:  
DE LA INDEPENDENCIA  
A LA SEGUNDA GUERRA**

*Clara E. Lida*

---

CLARA E. LIDA (Ph.D.) es Profesora-investigadora del Centro de Estudios Histó-  
ricos, El Colegio de México.

Al finalizar sus guerras de Independencia, la gran mayoría de los países de Hispanoamérica quedó integrada al concierto de las naciones y vinculada, en mayor o menor grado, a un sistema económico capitalista internacional sustentado en actividades mercantiles, financieras e industriales cuyo centro era la Europa atlántica. No exploraremos aquí cuándo penetró este sistema económico en los nuevos países ni cómo, pero sí damos por sentado que este sistema fue el norte que guió las transformaciones económicas y las relaciones sociales del hemisferio a lo largo de su primer siglo de vida independiente, a pesar de los múltiples niveles de desarrollo y de modernidad material de estas naciones, y de los distintos ritmos de integración de sus mercados internos y de imbricación con los internacionales.

Sin embargo, en estas páginas importará explicar cómo se desarrollaron y expresaron en ese primer siglo largo las relaciones sociales y las variadas formas de organización del trabajo y de las clases productoras americanas, teniendo en cuenta que para tratar la formación y consolidación de una clase no hay que perder de vista su vinculación con la sociedad en un período amplio y cambiante, es decir, histórico. En este contexto examinaremos, sobre todo, el desarrollo de clases y movimientos asociados a los trabajadores urbanos de los sectores secundario y terciario de la economía, más que los del sector primario, agropecuario. Pero recordemos que en casi todos nuestros países, la separación entre mano de obra agrícola y mano de obra minera, manufacturera y de servicios todavía hoy es poco clara, y que el paso de una forma de producción a otra no es tajante. Así, incluso en las metrópolis más cosmopolitas de Latinoamérica, todavía coexisten simultáneamente antiguos artesanos, obreros manufactureros y trabajadores en industrias de alta tecnología junto a agricultores tradicionales. Por todo lo anterior, al hablar de clases trabajadoras, de movimientos obreros, de ideologías sociales, debemos tener en cuenta la perdurable diversidad del mundo social del trabajo en Iberoamérica.

Finalmente, cabe tener presente que si los desarrollos y conflictos internacionales, la formación histórica de las clases, sus ideologías y tensiones en el Viejo Mundo, influyeron de modo significativo en América Latina en su primera centena, no menos decisivas fueron las circunstancias nacionales e, incluso, regionales que, con sus ritmos variados, configuraron de modo independiente —rara vez simultáneo— la estructura y evolución de los movimientos obreros en el Nuevo Mundo. Esta difícil dualidad —las influencias internacionales y los desarrollos autóctonos— formó parte de la compleja

relación que a partir de la cuarta década del siglo XIX se desarrolló entre el centro y la periferia del sistema capitalista.

Teniendo en cuenta estas precisiones, exploraremos el nacimiento y desarrollo en Hispanoamérica de los movimientos obreros y socialistas internacionalistas, sus organizaciones y sus ideologías, así como el surgimiento de un sindicalismo nacionalista rara vez anticapitalista. Comenzaremos con la etapa formativa, artesanal y asociacionista, pasaremos luego al período de la militancia obrera anarquista y socialista de la Primera y Segunda Internacionales, para concluir con la explosión y crisis sindicalistas de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial.

## I. El artesanado libre y los primeros socialistas

Los países hispanoamericanos nacieron a la vida independiente libres de las herencias corporativas del antiguo régimen español. Entre las corporaciones abolidas figuraron los gremios, que en España fueron prohibidos por primera vez por las Cortes de Cádiz. El decreto del 8 de junio de 1813 legisló el derecho a “ejercer libremente cualquier industria u oficio útil”, y estableció *de jure* lo que ya existía *de facto* desde las postrimerías del XVIII: encauzar al amplio número de artesanos y de trabajadores —jornaleros y destajistas— que abundaban en los nuevos países hispánicos, desde México hasta el Río de la Plata,<sup>1</sup> por el camino de la producción libre de artesanías y manufacturas para los mercados internos e internacionales en expansión. Esta mano de obra, con sus múltiples niveles y capacidades, constituyó la base del trabajo libre y el punto de partida temprano para la conformación en Hispanoamérica de una clase obrera móvil y abundante, como había sucedido en Europa unas décadas antes.

El caso de la ciudad de México es representativo. Al mediar el siglo, en tanto menos del 26% de la población masculina adulta era económicamente próspera e independiente y un 25% eran sirvientes, vendedores ambulantes o gente sin oficio fijo, los artesanos —es decir los trabajadores manuales especializados en oficios previamente agremiados— formaban casi el 40% de la población masculina activa. De éstos, más de las tres cuartas partes eran zapateros, sastres, carpinteros, albañiles, panaderos, tejedores, pintores e impresores.<sup>2</sup> Si bien su nivel técnico era muy variado, y las más de las veces poco satisfactorio, ésta era la clase productora libre más estructurada en las

---

<sup>1</sup> Felipe Castro Gutiérrez, *La extinción de la artesanía gremial*. México, UNAM, 1986, pp. 130-132, *passim*; Dorothy Tanck de Estrada, “La abolición de los gremios”, *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*. México, El Colegio de México y University of Arizona Press, 1979 [en adelante *TTHM*], pp. 311-331.

<sup>2</sup> Frederick J. Shaw, “The artisan in Mexico City (1824-1853)”, en *TTHM*, pp. 399-418, y D. Tanck, *ibid.*, pp. 311-329.

sociedades urbanas pre-industriales. Sólo en las manufacturas textiles habían hecho su aparición los trabajadores industriales, aunque todavía con escaso sentido de unión.

Entre los artesanos y los primeros asalariados fabriles, y entre algunos sectores de la pequeña burguesía mercantil y profesional encontramos las manifestaciones iniciales de un socialismo crítico del capitalismo liberal e industrial, y las primeras formulaciones que abrazaban la causa de los pequeños productores libres y del nuevo proletariado frente a la burguesía. Este primer socialismo abarcaba un haz de doctrinas variadas que, aunque coincidentes en lo esencial, no expresaban los intereses ni las reivindicaciones de una clase obrera industrial aún inexistente en la realidad social hispanoamericana, sino que señalaban una incierta armonía entre el capital y el trabajo. Sin embargo, no cabe duda que estas ideas correspondían a un momento de cambio social definido por el surgimiento de una nueva mano de obra librada a los vaivenes de un mercado de trabajo que la acercaba con rapidez al mundo del asalariado urbano, y la alejaba del mundo corporativo de los gremios coloniales. Si en Europa la germinación del socialismo fue simultánea a la primera industrialización y a los cambios sociales, culturales, ecológicos, mentales y económicos que ésta gestó, en América su principal resorte fue la creciente polarización social derivada de la explotación del trabajo asalariado y de la nueva acumulación de la propiedad y de los medios de producción en manos de quienes poseían capital. En síntesis, en sus orígenes americanos el socialismo decimonónico no fue como en Europa expresión de una reacción del artesanado y de ciertos sectores rurales contra la industrialización y la proletarización aceleradas, sino una reacción anticapitalista ante la creciente pauperización que se produjo en los albores de la Independencia y de la urbanización.

Por otro lado, en la esfera política, el primer socialismo exigió la libertad y la democracia en la práctica, y no sólo en el formalismo jurídico del liberalismo burgués. Así, tanto en Europa como en América, democracia republicana y socialismo fueron casi sinónimos durante varias décadas. Por todo esto, no tiene nada de extraño que el primer socialismo se difundiera a lo largo del continente de la mano de movimientos políticos y sociales democráticos. Así lo vemos en Argentina, con el *Dogma socialista*, de Esteban Echeverría y la Asociación de Mayo (1837), y en Chile con la fourierista “Sociedad de la Igualdad” (1850), de Francisco Bilbao y Santiago Arcos; y de este último, en su “programa revolucionario” de 1852,<sup>3</sup> con su claro llamado a la expropia-

---

<sup>3</sup> Marcelo Segall, “En Amérique Latine. Développement du mouvement ouvrier et proscription”, 1871, *Jalons pour une histoire de la Commune*, Paris, PUF, 1973, p. 367. Julio Godio, *Historia del movimiento obrero latinoamericano. Tomo I: Anarquistas y socialistas, 1850-1918*. México, Nueva Imagen, 1980, pp. 35, ss.

ción y al reparto agrarios, y a la justicia social para los pobres. Algo semejante ocurrió con el socialismo en México en el siglo XIX, según vemos ampliamente en un libro de este título.<sup>4</sup>

No es de extrañar que la difusión ideológica llegara acompañada de nuevas formas de organización artesanal y obrera. Así, a partir de la década de los cincuenta, la eclosión de sociedades de socorros mutuos fue característica de esta primera etapa. La primera mutualidad hispanoamericana de la que tenemos noticia —la “Sociedad de artesanos”— se fundó en Santiago de Chile en 1847, seguida en 1853 por la “Unión de tipógrafos”.<sup>5</sup> Este mismo año surgió en México la primera asociación mutualista, la “Sociedad particular de socorros mutuos”.<sup>6</sup> En el Río de la Plata pasó casi un lustro antes de que se establecieran las primeras sociedades de socorros mutuos: la “Sociedad tipográfica bonaerense”, y en 1857, también en Buenos Aires, la “Sociedad de zapateros”.

Estas experiencias iniciales estuvieron forjadas por diversos sectores de la sociedad, tanto indios, mestizos y criollos como inmigrantes e, incluso, mulatos y negros que, como en el caso argentino, al promediar el siglo constituían la base de muchos talleres y artesanías. De su presencia activa nos queda el testimonio de algunos periódicos de Buenos Aires, de y para “la clase de color”: *La Raza Africana*, *El Demócrata Negro* y *El Proletario*, todos de 1858. En este último, se declaraba que su publicación era para los negros, “gente jornalera y artesana”, que debía unirse y vigilar por sus intereses, ya que “sin la asociación no hay nada”.<sup>7</sup> Más adelante se mencionaba con especial aprecio “La Fraternal”, como ejemplo de “benéfica y utilísima asociación del gremio de color [que] cuenta con muchos y respetables miembros”.<sup>8</sup>

A partir de la década de los sesenta, a la vez que las sociedades de socorros mutuos se extendían por el continente, se multiplicaba también la prensa societaria, vocero de los intereses artesanos y obreros de las diferentes asociaciones u oficios. Esto nos da una idea de la capacidad de lectura —no sólo individual sino también colectiva y pública— y de la difusión de estas ideas calificadas, en general, como socialistas, aunque las escuelas variaran desde fourieristas, sansimonianas y cabetistas hasta seguidoras de Louis Blanc y de Robert Owen y, sobre todo, del mutualista Pierre-Joseph Proudhon.<sup>9</sup> Cabe

<sup>4</sup> Gastón García Cantú, *El socialismo en México. Siglo XIX*. México, Era, 1969.

<sup>5</sup> M. Segall, *op. cit.*, p. 355, n. 1.

<sup>6</sup> Reynaldo Sordo, “Las sociedades de socorros mutuos: 1867-1880”, *Historia Mexicana* [en adelante *HM*], no. 129, XXXIII, 1 (1983), p. 78.

<sup>7</sup> *El Proletario* (Buenos Aires), no. 1, 18 de abril de 1858.

<sup>8</sup> *Ibid.*, no. 4, 9 de mayo de 1858.

<sup>9</sup> Juan Felipe Leal y José Woldenberg, *Del estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*, [La clase obrera en la historia de México. vol. 3]. México, Siglo XXI, 1981, pp. 149, ss.; R. Sordo, *op. cit.*, pp. 81-83.

subrayar a partir de esta etapa, la clara influencia intercontinental de los movimientos socialistas europeos transmitida por refugiados políticos e inmigrantes, y contrastarla con el débil contacto entre países e, incluso, regiones del propio hemisferio —fenómeno que perdura hasta nuestro siglo. Esto difiere singularmente del desarrollo del socialismo en Europa, de fuerte carácter continental desde sus orígenes.

## II. El internacionalismo proletario

Para las clases trabajadoras hispanoamericanas, el paso del artesanado libre al proletariado industrial fue lento, incierto —y, aún hoy, inconcluso. A medida que la industria fabril y las manufacturas se desarrollaron y las economías nacionales se expandieron gracias a sus redes de transporte terrestre y marítimo, sus mercados internos se vincularon más eficazmente a un mercado internacional. Las sociedades mutualistas y el societarismo empezaron entonces a ceder el paso a otras formas ideológicas y de organización más modernas.

Al comenzar la década de 1870, las doctrinas marxistas y bakuninistas surgidas de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), fundada en Londres en 1864, comenzaron a llegar al Nuevo Mundo. El eslabón principal entre Europa y América fue, inicialmente, España, ya que a partir de 1871 el Consejo Federal español en Madrid, a pedido del Consejo General en Londres, proveyó materiales informativos y propagandísticos a corresponsales en Argentina y México.<sup>10</sup> Además, al igual que en Chile, incitó a la creación de secciones internacionalistas y a la fundación de federaciones regionales en cada país.<sup>11</sup> A partir de la escisión entre el Consejo General presidido por Karl Marx y los partidarios de Miguel Bakunin, situados especialmente en Suiza, España e Italia, ambos grupos compitieron activamente por promover su propia tendencia internacionalista en Hispanoamérica.

Desde fines de 1871, o comienzos del año siguiente, surgieron las primeras secciones de la Internacional. En febrero de 1872 apareció la primera en Buenos Aires, influida en gran medida por ex-combatientes franceses emigrados a raíz de la Comuna de París. En julio, el secretario de la sección porteña informa a Londres que contaban con 273 adherentes.<sup>12</sup> A fin de año existían ya dos más, formadas por italianos y españoles, y quedaba constituido un

<sup>10</sup> *The General Council of the First International. IV: 1870-1871. Minutes.* Moscú, Progress Publishers, s.f., pp. 103-104, e *Ibid. V: 1871-1872. Minutes.* s.f., pp. 61 y 530, n. 54.

<sup>11</sup> M. Segall, *op. cit.*, p. 348, ss.

<sup>12</sup> F.A. Sorge, *Correspondence Engels, Marx et divers.* París: Costes, 1950, t. I, p. 132.

Consejo Federal afiliado a la AIT y partidario del Consejo General.<sup>13</sup> Es más, incluso se habló de que el Consejo de Londres enviaría dos representantes a colaborar con los grupos porteños, Charles Longuet, yerno de Marx, y Frédéric Cournet, ambos miembros del Consejo,<sup>14</sup> pero por lo que sabemos este viaje nunca se realizó. La Internacional también hizo su aparición en 1872 en Montevideo con una sección de tendencia bakuninista opuesta a la de Buenos Aires,<sup>15</sup> y sólo en 1878 se logró fundar la Federación Regional de la República Oriental del Uruguay de la AIT, con dos mil asociados. El proceso se reprodujo en Chile, donde los tipógrafos de Santiago y de Valparaíso iniciaron en 1871 el proceso de acercamiento a la AIT.

Asimismo, en 1872 en México, se creó una sección de la AIT que se fundió en el Gran Círculo de Obreros (GCO) que reunía diversas asociaciones de artesanos y operarios, y que desde 1871 contaba con un periódico, *El Socialista*, que en septiembre dio a conocer los *Estatutos Generales* de la AIT.<sup>16</sup> Dentro del GCO los pequeños grupos internacionalistas se dividieron a partir del Congreso de la Haya, de 1872, según se inclinaron por las ideas defendidas por Marx o Bakunin. Un grupo del GCO, encabezado por Francisco Zalacosta y Plotino Rhodakanaty, conocido como “La Social”, apoyado por refugiados de la Comuna de París y, a partir de 1873, por otros de la Primera República española, se acercó a los grupos anarquistas internacionales, cuyo centro coordinador estaba en el Jura suizo. En cambio, Juan de Mata Rivera, impresor y propietario de *El Socialista*, se mantuvo vinculado a los marxistas reagrupados en el Consejo General, con sede en Nueva York entre 1872 y 1876, año de su desaparición.<sup>17</sup> Estas dos tendencias se enfrentaron en 1876, durante el Primer Congreso Obrero del GCO, donde un nutrido grupo encabezado por Mata Rivera se pronunció contra “La Social” y en favor de acercarse al gobierno y participar en la política. Por su parte, Zalacosta fundó en 1878 el semanario *La Internacional* desde el cual se predicaba “la anarquía sistematizada” y el antipoliticismo, y se hacía una “profesión de fe internacionalista”. Al año siguiente los anarquistas encabezaron una gran manifestación de más de cinco mil obreros precedida por un gran cartel rojinegro que anunciaba su filiación “a la gran Liga Internacional del Jura”.<sup>18</sup>

---

<sup>13</sup> Archives de la Préfecture de Police, París [en adelante APPP]. Ba 435 “L’Internationale en Amérique”, folio 869 (despacho del 29 de diciembre de 1872).

<sup>14</sup> *Idem*.

<sup>15</sup> José G. Valadés, “Documentos para la historia del anarquismo en América”, *Certamen Internacional de La Protesta*. Buenos Aires, La Protesta, 1927, pp. 72-89, reproducido en *Sobre los orígenes del movimiento obrero en México*. México, CEHSMO, 1979, pp. 63-93.

<sup>16</sup> García Cantú, *op. cit.*, p. 181 y 462, no. 2, y Leal y Woldenberg, *op. cit.*, p. 241.

<sup>17</sup> José C. Valadés, *op. cit.*, pp. 72-73 y García Cantú, *op. cit.*, pp. 180-186.

<sup>18</sup> Max Nettlau, “Contribución a la Biblioteca Anarquista”, *Certamen Internacional de La Protesta*. Buenos Aires, La Protesta, 1927, p. 10.

En menos de una década, la AIT, aunque escindida, se asentó en Hispanoamérica e inició un nuevo giro para la organización de la clase obrera. La dimensión de esta clase varió según los países, pero en términos generales fue de carácter muy reducido. Su conformación también fluctuó, ya que mientras en México ésta era nativa, en Argentina, Uruguay y, en menor grado, en Chile la presencia de inmigrantes europeos era abrumadora. Sabemos que al comenzar la década de los ochenta, uno de cada dos habitantes de Buenos Aires había nacido en Europa, y que si en 1869 la proporción de extranjeros en todo el país era del 13%, un cuarto de siglo más tarde, de acuerdo al Segundo Censo General de 1895, el índice alcanzaba el 34% del total. Compárense estos datos con los de México, cuya población extranjera hacia esta última fecha no llegaba al 0.2%.<sup>19</sup> Estas realidades pueden explicar, en parte, la rápida aceptación en ciertos países latinoamericanos de ideologías y formas de organización difundidas en Europa. Esto aclararía por qué, en ciertas regiones de América con alta inmigración (Río de la Plata, Chile, Brasil), los desarrollos europeos estaban presentes en las manifestaciones ideológicas y organizativas de la clase trabajadora. Sin duda la circulación de ideas estaba ligada al desarrollo global y a la estrecha vinculación del Nuevo Continente con el Viejo. Así, con el crecimiento de colonias inmigrantes numerosas —españolas, italianas, francesas, alemanas e, incluso, judías—, periódicos en diversos idiomas, incluyendo el yiddish, pudieron alcanzar tiradas hasta de 5,000 ejemplares, en tanto folletos de difusión y propaganda podían alcanzar los 10,000, a pesar del bajo nivel de alfabetización general. Estas cifras y sus contenidos ideológicos equivalían en muchos casos a los de publicaciones semejantes en Europa.<sup>20</sup>

Dentro de estos contextos, habría que calibrar también cómo diferentes niveles de desarrollo material pudieron inducir una pervivencia más prolongada de la mano de obra tradicional o, a la inversa, permitir el crecimiento de una clase obrera asociada a los sectores más desarrollados de la economía (gas, electricidad, minería, transportes, frigoríficos, fábricas textiles e, incluso, industrias ligeras y semipesadas modernas). Entre 1880 y 1914 se produjo también la gran expansión del capitalismo comercial y financiero y de los mercados nacionales e internacionales, y la inserción cada vez más estrecha de América Latina en el mundo del capital y de la dependencia. Las reivindicaciones económicas —salarios, contratos, jornadas— y las políticas —reglamentos, condiciones de trabajo, huelgas—, fueron delineando el curso

---

<sup>19</sup> Clara E. Lida, "Inmigrantes españoles durante el porfiriato: problemas y temas", *HM*, no. 138, XXXV, 2 (1985), pp. 219-239.

<sup>20</sup> Hobart A. Spalding, *Organized Labor in Latin America*. Nueva York, New York University Press, 1977, p. 10.

de acción y de conciencia proletaria aunque el desarrollo no fuera lineal sino, a menudo, irregular y contradictorio.<sup>21</sup>

En las décadas anteriores a la Primera Guerra, la mayor parte de las uniones y federaciones estuvieron dominadas, primero, por el anarquismo y, luego, por el anarcosindicalismo, partidarios de la organización por oficios o por industrias, de la democracia obrera, del abstencionismo político, de la acción económica directa y de la huelga general. Sin embargo, a partir de la fundación de la Segunda Internacional, en 1889, se desarrollaron con creciente vigor los partidos y las uniones socialistas, herederos del marxismo, que respaldaban la acción política como una manifestación de la lucha de clases y de la lucha contra el capitalismo y la democracia burgueses. El Partido Socialista Argentino, fundado en 1895, fue el primero de esta tendencia en Hispanoamérica, seguido en Chile en 1900 por un efímero Partido Socialista que renació en 1912 como Partido Obrero Socialista; en Cuba el Partido Socialista emergió en 1910 y en Uruguay éste se fundó en 1912.

En México el proceso de politización y militancia obreras sufrió un desarrollo diferente al de los países citados. En los treinta y cinco años que precedieron la explosión revolucionaria de 1910, la presencia del general Porfirio Díaz en la presidencia determinó un clima político y de militancia obrera distintos. Argentina, Uruguay, Chile e, incluso, Cuba, se enfrentaban a un proceso de democratización paulatina frente al Estado oligárquico, y el proletariado luchaba por ganar espacios políticos propios, en tanto que en México la modernización material y la penetración capitalista se desarrollaron con un alto costo social, llevadas de la mano por la represión de toda aspiración democratizadora. Por eso, la conciencia obrera y la organización se mantuvieron y lograron desarrollar sólo al margen de la legalidad y del Estado; en México hay que buscar esta historia en la clandestinidad.<sup>22</sup>

Podemos, pues, concluir que, en general, el aumento de la militancia internacionalista de la clase trabajadora no se debió tanto a cambios internos en los medios y formas de producción cuanto a su mayor integración al aparato productivo y comercial nacionales e internacionales, a su mayor dependencia de los mercados de trabajo y de los salarios, y a su creciente conciencia de la irreconciliable distancia entre capital y trabajo. A diferencia de la etapa anterior, con su armonía de clases aún presente en el primer socialismo, en las últimas décadas del XIX y primera del XX se hizo explícita la conciencia del antagonismo y la idea de la eventual lucha de clases. En este

---

<sup>21</sup> Gervasio Luis García, "La historia de los trabajadores en la sociedad pre-industrial", *Op. Cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas* (Universidad de Puerto Rico), 1 (1985-1986), pp. 15-26, analiza otras formas de organización y trabajo "precapitalista" en Hispanoamérica, que conforman el movimiento obrero del siglo XIX, particularmente en el Caribe.

<sup>22</sup> Clara E. Lida, "México y el internacionalismo clandestino del ochocientos", en *TTHM*, pp. 879-883.

proceso, artesanos y proletarios se fundieron gradualmente en un movimiento que se cohesionaba más a medida que el artesanado se veía cada vez más sujeto a las fluctuaciones del mercado de trabajo, a las presiones del salario y el surgimiento arrollador de las máquinas. En síntesis, al alborear el siglo XX, artesanado proletarizado y nuevos proletarios se encuentran y confunden.

### III. Nacionalismo y sindicalismo

No cabe duda de que la revolución mexicana que se inició en 1910, la Gran Guerra y la revolución bolchevique imprimieron un nuevo giro al desarrollo del sindicalismo hispanoamericano a partir de la tercera década del siglo XX. En efecto, en vísperas de la revolución mexicana hicieron erupción, a través de importantes huelgas mineras y textiles, los movimientos obreros cautelosamente organizados a lo largo del Porfiriato. Si bien el gobierno de Díaz actuó con característica dureza, la represión no impidió que las organizaciones obreras afloraran al producirse la caída del dictador. Sin embargo, el movimiento obrero mexicano era heterogéneo y de amplia gama doctrinal decimonónica —desde el mutualismo y el sindicalismo católico hasta el anarcosindicalismo y el socialismo marxista. La Revolución, al incorporar en sus diversas facciones a estas asociaciones, reforzó el carácter fragmentario del movimiento obrero mexicano, el cual llegó al final de la contienda debilitado en relación con otros sectores más homogéneos o mejor aglutinados. A fines de la década revolucionaria, en 1918, el presidente Venustiano Carranza fomentó la creación de una central única cercana al gobierno, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), tímida-mente reformista.

A pesar de la escasa militancia obrera en México, el carácter popular, urbano y agrario, de la Revolución tuvo un indudable efecto radicalizador en la conciencia de la clase trabajadora en el resto de América Latina. A esto hay que sumar el impacto de la victoria bolchevique de 1917 en Rusia, que mostró cómo un movimiento obrero y revolucionario marxista-leninista organizado, podía tomar el poder y hacerse del Estado. La teoría comunista proponía la creación de una organización obrera que asumiera la conducción política y revolucionaria de la clase trabajadora —incluyendo en ésta tanto a obreros, empleados, campesinos, como a todos aquellos sectores productivos de la sociedad tradicionalmente explotados y marginales. La fundación en Moscú de la Tercera Internacional (Comintern) en 1919, le dio al movimiento comunista una pujante dimensión internacional cuyo impacto se dejó sentir de inmediato en Latinoamérica, con el surgimiento de partidos comunistas que en poco más de una década se extendieron por diecisiete países.

La Primera Guerra Mundial creó agudos problemas para el comercio latinoamericano, interrumpido intermitentemente por el conflicto bélico. Por

esto, a la par que las importaciones de productos europeos resultaban más afectadas, las necesidades de los mercados locales menos inhibidos por la competencia extranjera impulsaron el desarrollo y expansión de industrias nacionales que a la vez creaban nuevos mercados para las materias primas. Esta relativa prosperidad continuó después de la Guerra, hasta la Gran Depresión.

Los cambios económicos llegaron acompañados de cambios sociales. Aunque vastos sectores del proletariado urbano y rural de América Latina estaban sin organizar, los trabajadores como clase activa, organizada y consciente habían hecho su aparición en los escenarios nacionales. Los cambios originados por la Guerra habían contribuido a aumentar las tensiones entre obreros y patronos, hasta alcanzar niveles explosivos, como el de la Semana Trágica, en 1919, en Buenos Aires. En la década de los veinte, tres grandes corrientes ideológicas de origen internacionalista y anticapitalista dominaban el movimiento obrero aunque se hallaban en pugna; éstas eran el anarcosindicalismo en paulatino retroceso, el socialismo reformista de crecimiento lento, y el comunismo en auge —todas amenazadas también por cismas internos.

Al aumento de la organización y activismo obreros, correspondió un incremento paralelo de actividades represivas —leyes, prohibiciones, esquirolaje, deportaciones y cárcel. Simultáneamente, los gobiernos y las clases dominantes de diversos países instrumentaron un discurso político (pero no económico) netamente nacionalista, en fuertes tonos xenófobos, contrario a todo internacionalismo. Asimismo, fomentaron el desarrollo de un sindicalismo moderado, dispuesto a contemporizar con el poder. Al cerrar la tercera década del siglo con la violenta contracción económica generada por la Depresión, la actividad obrera en el continente se vio seriamente mermada por la represión y la crisis. En los años 30 y 40, el movimiento obrero internacionalista e independiente estuvo amenazado de desaparecer en manos de movimientos reformistas apoyados en una coalición amplia de sindicatos, movimientos políticos y grupos sociales diversos y poco estructurados, urbanos y rurales. Estos eran enemigos declarados de ideologías proletarias basadas en la lucha de clases y el revolucionarismo obrero, y estaban encabezados por líderes personalistas cuya tendencia era integrarse a las políticas nacionalistas y modernizadoras del Estado. Tal vez, los dos movimientos más característicos en Hispanoamérica fueron el de Lázaro Cárdenas, como presidente de México (1934-1940), y el de Juan Domingo Perón, en Argentina (primero a cargo del Ministerio del Trabajo (1943-46) y luego como presidente (1946-1955)). Si bien en cada caso hay que tener muy presentes la configuración histórica de cada país y las circunstancias particulares de cada momento, no cabe duda de que a pesar de las grandes diferencias, se pueden señalar ciertos rasgos en común en los gobiernos de ambos líderes.

El México post-revolucionario sufrió cambios profundos durante el sexenio de Cárdenas. Bajo su presidencia se avanzó en la reforma y el reparto agrarios, se expropiaron las compañías petroleras y nacionalizó su industria, y se estatizaron los ferrocarriles. Sin embargo, estas medidas no se deben interpretar como anticapitalistas ni socialistas, sino como un fortalecimiento del Estado que, en cuestiones económicas y laborales, era partidario del auge de un capitalismo industrial, comercial y agrícola. Por otra parte, el Estado, a través del partido único, a la vez que frenaba el desarrollo obrero independiente lograba orientarlo hacia la incorporación al partido a través de la creación de sindicatos únicos con representación exclusiva de cada rama industrial y agraria, y de una organización nacional única, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), eventualmente subordinada al partido y sin una definición ideológica precisa ni autónoma. A cambio de esta estrecha colaboración con el gobierno, la CTM obtuvo importantes ventajas tanto a través de una amplia legislación laboral cuanto en salarios y beneficios. Cárdenas y el partido oficial pudieron asegurarse así del apoyo institucionalizado de casi cuatro millones de obreros y campesinos confederados, y de una paz social antes desconocida. Esta relación especial del jefe de gobierno y líder del partido con los sindicatos, le permitió a Cárdenas tomar iniciativas laborales que le dieran amplio poder y prestigio personales sobre el movimiento obrero, y al mismo tiempo consolidar la idea del Estado como árbitro incuestionable de las relaciones sociales, contrario a los antagonismos de clase. En tanto los trabajadores acataran las reglas del juego impuestas por el gobierno y el partido, ambos se comprometerían a velar por los beneficios económicos y legales de la clase obrera, siempre y cuando se pudieran conjugar con los de otras clases o sectores. Esta habilidad del gobierno mexicano de integrar el grueso de los obreros al proceso de la Revolución y al partido, debilitando su organización y acción independientes del Estado tuvo sus orígenes durante el cardenismo. La capacidad de las autoridades de usar desde entonces la propaganda oficial y el poder para atraerse a los obreros se debe rastrear al impacto de este "populismo" cardenista en la mecánica del Estado mexicano post-revolucionario.<sup>23</sup>

En Argentina el proceso tuvo orígenes distintos. A partir de la crisis económica y política de 1930 el movimiento obrero organizado comenzó a sufrir los embates de la amplia represión oligárquico-militar. Durante la década de 1930 y comienzos de los 40, la lucha entre trabajadores y patronos creció en virulencia, pero la ausencia de centrales obreras fuertes y unidas a raíz de las prohibiciones del gobierno y de las facciones sindicales, impidió a los trabajadores una movilización organizada y efectiva.

En 1943, con el nombramiento del coronel Juan D. Perón para dirigir el

---

<sup>23</sup> Alicia Hernández Chávez, *La mecánica cardenista*, [Historia de la Revolución Mexicana, vol. 16: 1934-1940]. México, El Colegio de México, 1979.

entonces Departamento del Trabajo —poco después transformado en Ministerio—, y sus subsiguientes nombramientos adicionales, en 1944, como Ministro de Guerra y Vicepresidente, la política laboral argentina comenzó a variar de ruta. En un par de años, Perón logró promulgar legislación social y laboral favorable a los trabajadores y otorgarles beneficios económicos que les habían estado vedados desde el golpe militar de 1930. Como Ministro de Trabajo, Perón también alentó y apoyó la creación de nuevos sindicatos —especialmente entre empleados y peones rurales— que le permitieron ampliar rápidamente una base de apoyo laboral propia, de carácter personalista. Esta capacidad de Perón de fomentar y expandir el clientelismo obrero fue una fuerte carta de negociación contra los antiguos sindicatos, especialmente comunistas y socialistas (ya que los anarquistas habían quedado muy debilitados después de 1930), y en favor de una política dirigida a hacerse del poder con un respaldo popular de base amplia y desarticulada, dentro de una tónica nacionalista, autoritaria y centralista favorable al desarrollo del capitalismo industrial y comercial.

A partir de 1945, la Ley de Asociaciones Profesionales estipuló la existencia de un sindicato único de industria con titularidad sobre el contrato colectivo de trabajo; al mismo tiempo Perón manijó hábilmente para ganar el apoyo de la sindicalista Confederación General de Trabajo (CGT), enemiga de las viejas uniones internacionalistas, deseosa de ganar terreno a costa de ellas. Si al mediar la década de 1940 el movimiento obrero organizado contaba con unos 500,000 afiliados, al terminar la primera presidencia de Perón había sobrepasado los dos millones y medio. Pero si al comienzo de su mandato Perón había permitido la ilusión de que el movimiento obrero influiría en el rumbo político y social del país, al comenzar los años 50 era claro que la fuerza obrera quedaría sujeta al líder y al partido peronista, del cual la CGT formaría parte. A cambio de esto la llamada central única obtendría un control casi monopólico de la organización obrera, en tanto el movimiento independiente quedaba, en la práctica, relegado a la clandestinidad. Sólo después de la caída de Perón, en 1955, variarían las relaciones de fuerza y las tendencias políticas sindicales, pero el movimiento obrero argentino quedaría hondamente marcado por el decenio peronista y las contradicciones de su populismo y autoritarismo encontrados.

A diferencia de los logros del proceso mexicano por integrar a los trabajadores al aparato del Estado modernizador, en Argentina no se produjo la transformación del Estado ni se dio un cambio duradero que alterara las relaciones políticas de los distintos sectores sociales. Al triunfo institucionalizador de Cárdenas debemos contraponer el fracaso del personalismo de Perón.

Para concluir, podemos afirmar que el sindicalismo del segundo tercio del siglo XX se manifestó dentro de los límites estrictos del desarrollo capitalista, matizado por el nacionalismo del Estado. Si bien sus metas sociales y econó-

micas a menudo fueron contradictorias o confusas, sin duda su mayor éxito fue político, al crear una conciencia de nuevas alternativas para la emergente burguesía nacional: reducir los conflictos al ampliar los beneficios y la legislación sociales, expandir las fronteras del Estado y fortalecerlo, limitar los desarrollos autónomos o independientes de las clases y sus instituciones, favorecer la modernización material y el crecimiento capitalista, y encontrar amplios mecanismos de control e integración de las diversas clases y grupos que evitaran o minimizaran tensiones sociales. Además, en la retórica nacionalista del poder, destacaba también la preocupación por fortalecer el Estado y consolidar su integración frente a las presiones disgregadoras del exterior. Todo esto, sin embargo, dentro del paradójico imperativo de ampliar la base de apoyo popular y masivo, y de limitar los desarrollos autónomos o independientes de las clases y sus instituciones. Los sindicatos únicos, las centrales únicas, los partidos únicos fueron los mecanismos de control que refrendaron rígidas estructuras jerarquizadas y que intentaron suprimir los espacios políticos independientes del proletariado latinoamericano.

El impacto de este intrincado proceso en el desarrollo obrero de Hispanoamérica desde mediados de siglo sólo ahora comienza a aflorar, pero su legado a menudo resulta contradictorio. Por un lado, se ampliaron los mecanismos de integración y modernización del Estado dentro de las estructuras del capitalismo internacional y se aceleró la organización política de la clase trabajadora. Por el otro, aumentaron los niveles de represión y de sometimiento de una clase que históricamente se había distinguido por su militancia e independencia, y por su oposición ideológica al capitalismo. Al cabo de un siglo largo de vida, aunque la clase obrera latinoamericana se ha mantenido en pie, su largo y lento camino nunca ha estado libre de accidentes y peligros, no cabe duda de que al comenzar su segundo siglo de existencia, su suerte está estrechamente vinculada a la de los propios Estados, ahora debilitados y en crisis, y a los vaivenes del sistema económico que los orientó desde sus inicios decimonónicos. El reto que se plantea en adelante recoge del pasado la lucha colectiva de una clase que, desde sus orígenes, se define contra una sociedad cuya estructura la margina, cuyos intereses a menudo son antagónicos, cuyas relaciones económicas y sociales son de conflicto y enfrentamiento, y cuyas formaciones culturales e ideológicas se pretenden hegemónicas.<sup>24</sup> Establecer y legitimar la identidad específica de la clase en una sociedad que trascienda la explotación y la injusticia seguirá siendo, sin duda, objetivo renovado de los movimientos obreros latinoamericanos a un siglo de sus primeros pasos.

<sup>24</sup> Una sugerente revisión del concepto de clase se encuentra en el polémico artículo de E. P. Thompson, "Eighteenth-century English society: class struggle without class?", *Social History*, III, 2 (1978), pp. 133-165. William H. Sewell, Jr. estudia la formación de la conciencia de clase del proletariado en una sociedad poco industrializada, en su renovador *Work and Revolution in France. The Language of Labor from the Old Regime to 1848*. Cambridge University Press, 1980.